



INDU SUNDARESAN

EL COLOR
DEL SILENCIO



La Segunda Guerra Mundial sacude Europa y sus posesiones de Ultramar en la India. Proliferan los movimientos revolucionarios entre una sociedad dividida. Los días que preceden al monzón son el marco de una historia de amor escrita en tiempos de guerra. Año 1942. Sam Hawthorne, capitán de las fuerzas armadas estadounidenses, llega a la selva birmana con el objetivo de rescatar a una misionera del cruel asedio japonés. Tras el éxito de esta arriesgada operación, Sam planea su marcha hacia un pequeño principado al norte de la India dispuesto a averiguar el paradero de su único hermano, que se encuentra desaparecido. Allí se aloja en casa de un alto funcionario indio; solamente cuenta con cuatro días, pero son suficientes para que el joven y la bella hija de su anfitrión se entreguen a un amor tan fulminante como imposible: la joven está prometida a un príncipe indio. Una extraordinaria historia de amor que se desarrolla en tiempos turbulentos, una pasión ensombrecida por el azote de la Segunda Guerra Mundial y por los prejuicios del agonizante Imperio británico de la India.

EL COLOR DEL SILENCIO

Indu Sundaresan

AGRADECIMIENTOS

Tengo la fortuna de poseer un grupo de amigos escritores que me amparan a la hora de crear mi obra. Fueron el principal aliento para mis dos primeras novelas y han desempeñado el mismo papel en *El color del silencio*. Me siento profundamente agradecida con todos ellos y sobre todo con Phillip Winberry y Janet Lee Carey por haber dedicado un tiempo a leer el manuscrito completo.

Mi agente literaria, Sandra Dijkstra, también es una bendición para mí, pues me anima constantemente y me apoya en todas mis iniciativas. Sería un descuido por mi parte no mencionar a otros colaboradores de su agencia que durante estos años han trabajado con igual denuedo para mí de forma brillante; ellos son: Elisabeth James, Taryn Fagerness y Elise Capron.

Mi editora, Judith Curr, y mi maravillosa correctora, Ma-laika Adero, hacen que cualquier contacto con la cara más comercial de la literatura sea un verdadero placer. Lo han hecho desde el principio, y les agradezco de todo corazón el poder sentirme como en casa con ellas.

Muchas gracias a Rei Shimizu por traducir las palabras del soldado japonés en la última escena de Birmania de la presente novela.

Por último diré que, al igual que en mis dos primeras novelas, he pasado muchas horas de felicidad entre las pilas de libros de la biblioteca de King County y las bibliotecas de Suzzallo y Alien de la Universidad de Washington, absorta en su soberbia colección de volúmenes, mapas y

relatos, que imprimieron en mí la inconfundible huella de la atmósfera, el paisaje y la sociedad de Birmania y la India de 1942.

GLOSARIO

Almirah: Armario.

Amchur: Polvo de mango deshidratado.

Amrit: Néctar.

Ana: Moneda de la época del Raj, equivalente a un dieciseisavo de rupia.

Asuras: Demonios.

Alta: Trigo; harina.

Ayah: Sirviente.

Bawarchi: Cocinero.

Beedis: Cigarrillos liados a mano.

Burfts: Postre que se sirve cortado en rodajas.

Chapatti: Torta de pan ácimo.

Chappals: Zapatillas.

Charpai: Camastro de yute.

Choli: Blusa ajustada.

Chula: Cocina u hornillo normalmente fabricado de arcilla y ladrillos.

Churidar: Pantalones ajustados.

Dah: Daga o espada corta de origen birmano.

Dais: Legumbres (lentejas).

Darzi: Sastre.

Dhobi: Lavandera.

Dhoti: Prenda drapeada que suelen utilizar los hombres (parecida al *veshti*).

Diwan: Varios significados; empleado administrativo, primer ministro, secretario.

Diyas: Lámparas de aceite.

Dosas: Tortilla fina y crujiente de harina de arroz y lentejas.

Gaddi: Trono.

Ghagara: Falda larga y plisada.

Ghee: Mantequilla clarificada y semilíquida.

Ghoonghat: Velo.

Goras: Blancos.

Hartal: Huelga.

Hookah: Pipa de agua.

Huzoor: Forma de tratamiento; señor.

Jalebis: Dulces; fritura bañada en sirope de azúcar.

Jalis: Plafones.

Jawan: Rango militar; soldado raso.

Kadai: Sartén con dos asas.

Katori: Taza o cuenco.

Khazana: Tesoro.

Khichdi: Mezcla de arroz y lentejas.

Khus: Junco.

Kolam: Dibujo decorativo realizado con harina de arroz y situado a la entrada de las casas.

Kurta: Túnica de manga larga.

Lathi: Porra contundente revestida de hierro.

Maidan: Terreno o campo.

Mali: Jardinero.

Mela: Festival.

Munshi: Empleado administrativo.

Murgikhana: Gallinero.

Mysorepak: Postre de harina de garbanzo y azúcar.

Naan: Torta de levadura cocinada en horno de arcilla.

Ñamaste: Saludo acompañado del gesto de juntar las manos.

Nautch: Baile.

Nimbupani: Zumo de lima.

Paan: Hojas de betel.

Pagalpan: Locura.

Pakorras: Aperitivo, fritura de verduras rebozadas.

Pallu: Pieza del sari que se coloca por encima del hombro.

Puja: Ritual religioso hindú.

Punkah: Aventador.

Puráah: Velo.

Purnima: Noche de luna llena.

Rabadi: Dulce hecho con leche.

Rajkumar. Heredero.

Sadhu: Sabio; mendigo.

Sambar. Guiso de lentejas con verduras.

Sarnosas: Aperitivo; fritura rellena de patata.

Shamiana: Toldo.

Sherwani: Abrigo entallado de mangas largas.

Shikar. Cacería.

Shlokas: Versos en alabanza a Dios.

Sitar: Instrumento de cuerda.

Sola topi: Casco ligero para protegerse del calor.

Tabla: Caja de percusión.

Thali: Plato o fuente.

Tava: Plancha grande en forma de platillo.

Veshti: Pieza de tela drapeada; prenda que suelen vestir los hombres.

Zari: Bordado, por lo general con hilo dorado o plateado.

Zenana: Harén.

ABRIL DE 1963

En algún lugar próximo a Seattle.

En la cabaña.

Sam pintó la escalera que descendía en zigzag por la cara del acantilado y que llegaba hasta la playa. Le había preguntado a Olivia qué color prefería y ella había dicho que rojo, así que había utilizado un rojo Victoriano, el mismo color de su lujosísima limusina Chrysler Crown Imperial de 1950. En esa época, Olivia tenía siete años y ahora recuerda haber estado sentada en la arena bajo los ardientes rayos del sol, con la vista levantada, mirando a su padre mientras iba bajando a medida que pintaba de forma metódica. Como se le había hecho tarde, y al final se les había echado la noche encima, la niña y él subieron corriendo hacia la cabaña con cuidado de no tropezar y caer sobre la barandilla, aunque acabaron dejando huellas de pisadas en la madera recién pintada. Olivia todavía conserva esos zapatos con las suelas rojas, pero ahora, catorce años después, catorce veranos e inviernos del noroeste han desconchado la pintura, desteñido la madera y ajado el pasamanos hasta dejarlo como el rostro de una anciana.

Una bocanada de aire agita el pelo de Olivia, soltándolo del cuello del abrigo, y empieza a ondearlo. Un mechón se le pega a los labios y se empapa con las lágrimas que le corren por las mejillas. Levanta la vista hacia el acantilado sobre el que va cayendo la noche e imagina que ve una luz en la ventana, una luz que su padre ha encendido para darle la bienvenida. Sin embargo, hace cinco días que Sam ha

muerto, jamás volverá a ese lugar. Elsa, la perra, le da un empujoncito en los tobillos con el hocico para recordarle que hace frío y empieza a subir los setenta y nueve escalones. Olivia la sigue con parsimonia, con las manos en los bolsillos y los hombros tan encogidos que casi le tocan las orejas.

En una ocasión, Sam le había dicho:

—Te pareces a tu madre.

Acababa de lavarse la melena que le llegaba a la cintura y, adormilada por el baño, había recostado la cabeza sobre una almohada delante de la estufa de leña e iba secándose los mechones agitándolos al calor del hogar. Se le quitó el sueño.

—¿De verdad, papá? —le preguntó—. ¿La querías?

—Con todo mi corazón, y todavía la quiero, del mismo modo que te quiero a ti.

—Háblame de ella. Háblame de mi madre.

—Más tarde —dijo Sam—. Más tarde.

Con él siempre era todo «más tarde».

Olivia se miró fijamente al espejo, intentando encontrar a su madre en el reflejo: en su pelo negro como el ébano, en sus cejas enarcadas e incluso en la forma almendrada de los ojos azules que había heredado de Sam. Su parte india y su parte estadounidense.

Todos los veranos llegaban a esa cabaña desde Seattle para aprovechar los días más largos cuando Sam no tenía que dar clases. Él escribía y ella pescaba de forma poco metódica en las heladas aguas de la ensenada, leía, o lanzaba palos a Elsa hasta que su padre había terminado la jornada y podían ir juntos a la tienda o a la biblioteca. No le faltaban amiguitos de su edad en las cabañas vecinas, pero no le interesaban, lo único que deseaba era pasar los veranos tranquilos con la compañía exclusiva de su padre. La mayoría de los fines de semana, la abuela Maude iba a visitarlos y cenaban a la luz de las velas en la terraza; el día se

apagaba y el cielo anochecía preñado de estrellas relucientes como diamantes.

Otras noches encendían una hoguera en la playa y se acurrucaban juntos bajo una manta mientras Sam le contaba cuentos y ella se quedaba dormida, cálidamente entre sus brazos, sin despertarse hasta la mañana siguiente, en su cama. Las historias de Sam se desarrollaban sobre todo en la India y eran relatos sobre rajas a lomos de engalanados elefantes, mercados de camellos en el desierto, bazares en una explosión de color, el traqueteo de un viaje en tren, el fuego del *curry* en su estómago. De vez en cuando, a altas horas de la noche, cuando todo estaba en silencio y la lluvia salpicaba con tenues y doradas gotas la luz de la galería, Sam recordaba su primer viaje a Birmania en abril de 1942 y retrocedía al momento más tumultuoso de la guerra, y esas eran historias de frondosas e impenetrables junglas, pagodas de piedra, la humedad del sudor corporal, el traqueteo de los disparos, el dolor de la muerte...

Justo cuando llega a la cabaña ha empezado a llover de nuevo, el cielo está moteado de gris, un trueno sordo resuena sobre las montañas Cascade, sobre la iluminada ciudad de Seattle, y se acalla al llegar a esa cala protegida en el Puget Sound. Olivia enciende el fuego en la estufa, se quita el abrigo y se frota las manos para calentarse. Luego tira del enorme baúl de piel y madera de caoba que está junto a la puerta de entrada y lo lleva hasta la alfombra situada delante del hogar. Los adornos de bronce del baúl brillan con delicadeza a la lumbre mientras Olivia levanta la tapa. El baúl llegó hace cinco días de la India, fue un regalo para su vigésimo primer cumpleaños; todavía tiene que averiguar de quién proviene. El mismo día que recibió ese presente murió su padre, así que ahora debe descubrir ella sola los secretos que atesora.

Retira las sedas que estaban encima y la invade un perfume a jazmín y humo liberado de su cautiverio en el interior del baúl. Los tejidos se doblegan a su tacto, los colores

conservan la intensidad que debían de tener en la época de su confección: el delicado violeta de las primeras flores de la lavanda; el color de las rosas con su intenso aroma; el amarillo de los mangos a punto de madurar. Olivia se lleva las frías sedas al pecho, y se pregunta cómo alguien sería capaz de envolverse con tanta tela y aun así parecer elegante. Como su madre había hecho en su tiempo. Las telas solo huelen a polvo y madera de sándalo, no queda ni rastro de la mujer viva de carne y hueso que otrora vistió esos saris, a quien su padre amaba tanto, a quien Sam seguía amando, pero de quien no hablaba nunca. Ni siquiera a su pequeña, ni siquiera a Olivia.

Introduce la mano en el baúl. Encuentra un estuche esmaltado y grabado con diminutas ajorcas de plata para el tobillo, ennegrecidas por el paso del tiempo y con cascabeles que emiten un agudo tintineo, como delicadas campanillas. Hay un cordón negro metido en una caja de madera con incrustaciones de viejo marfil que cabe en la palma de la mano. El cordón es bastante grueso, no podría cortarse con la mano, y de él cuelgan unos pequeños amuletos dorados: un par de cuentas de oro, una moneda con el grabado de un perro y un diminuto cilindro de oro apenas más grande que una uña. Olivia se coloca el cordón deshilachado en el cuello, pero no le cierra; no es un collar. Entonces, ¿qué es?

En un sobre transparente hay una serie de fotografías y cartas, una diminuta muñeca de madera y tres monos tallados en madera que le caben en la palma de la mano. Saca una de las fotografías y se queda mirando a la mujer que sale en ella. Tiene una espesa cabellera, las clavículas marcadas, rasgos amables y una sonrisa dulce. ¿Quién es? ¿Es...? Vuelve a mirar la fotografía con el deseo de ver algo en el rostro de la mujer que ella, Olivia, también tenga en el suyo. Sin embargo hay pocas similitudes entre ambas porque el rostro de la mujer es alargado y afilado, y el de Olivia es ancho y redondeado. Ambas tienen el pelo largo,

negro como nubes de tormenta, aunque hay pocas coincidencias para poder asegurar que las une algún parentesco. La mujer de la foto tiene la piel tersa, como si todavía no le hubiera ocurrido nada en la vida. Sonríe de medio lado y no hay rastro de descontento en las comisuras de sus labios. No se ven más colores que el negro y distintos tonos de gris, así que no hay forma de adivinar el color de la blusa, ni del *pallu* del sari plegado sobre el hombro izquierdo de la mujer. No lleva nada en el cuello; pequeños tachones de oro brillan en sus orejas y el destello de lo que parece un diamante refulege en su nariz. Olivia le da la vuelta a la foto pero no ve ningún nombre escrito, solo hay una fecha y un lugar: RUDRAKOT, MAYO DE 1942.

¿Dónde está Rudrakot? ¿Podrá averiguarlo leyendo las cartas? Un abultado sobre sin abrir yace en el suelo junto al baúl. En el halo de la lumbre de la estufa se adivina un legado de papeles en su interior y se ven las manchas marrones que han aparecido en la solapa al envejecer el pegamento.

En el sobre hay una palabra escrita: Nazeera. Hay algo en ese nombre que le resulta conocido, le suena. Olivia lo ha oído en alguna parte, en algún momento, pero el recuerdo se obstina en permanecer enterrado en su interior. Abre la solapa del sobre con cuidado y saca la carta. El corazón le da un vuelco y contiene la respiración. La misiva está dirigida a ella, la persona que la remite la llama Olivia. Es de alguien que la llama por su nombre. Entonces, ¿quién es Nazeera? El recuerdo aflora de pronto junto con una explosión de tres nombres más: Olivia, Nazeera, Padmini. Son sus nombres, los que le pusieron al nacer, unos nombres que jamás ha usado, ni en privado ni en público. Y allí, con una caligrafía estilizada y de elaborados trazos, deben de estar los relatos que llenan todos los silencios de su vida, las historias que Sam jamás le contó, las que reservaba para un «más tarde» que nunca llegó. Por fin ha llegado.

En el exterior de la cabaña, la tormenta muere de forma tan abrupta como nació, se extingue en el seno de las cascadas, y la noche ha llegado a la zaga de la tempestad. El fuego de la estufa escupe una vaharada de ceniza que se pierde en el olvido del hogar de piedra. Olivia se apoya en el baúl, cuyos tesoros están desparramados a su alrededor, levanta las hojas hacia la luz y empieza a leer.

Mi querida Olivia:

Me pregunto, incluso mientras empiezo a escribir estas letras, si llegarás a leer alguna vez esta carta. Si estás leyéndola en este momento, ignoro qué aspecto tendrás y qué sabes de nosotros, si es que sabes algo. ¿Qué te ha contado Sam sobre nosotros?

Son tantas preguntas... Pero lo único que recuerdo es un bebé que sonríe, con un hoyuelo en la barbilla, con las pestañas tan largas que las mujeres que lo veían le tenían tanta envidia que las llamaban pestañas de vaca. Puede parecer raro, pero era un cumplido. ¿Has visto alguna vez las pestañas de una vaca? Son enormes, como las borlas de un sari. Lo siento, estoy yéndome por las ramas justo ahora que quería concretar e ir al grano... Aunque también me gustaría contarte una historia.

Todas las historias empiezan con una breve introducción. Así se genera interés, se formulan preguntas... es la primera pepita de oro extraída y pulida, que brilla con intensidad en la palma de la mano del narrador. Aquí la tienes, de mí para ti.

Pero ni mucho menos soy yo la voz que narra esta historia; lo sabrás cuando estés informada de todo. Soy la última persona del mundo que querría escribirte, pero, al final, también entenderás por qué he querido hacerlo. Escribo los hechos tal como llegaron a mí. Algunas cosas las sé por haber estado presente en el momento en que ocurrieron, aunque la mayoría llegaron a mí por boca de otros. En los fragmentos en que he detectado malicia, he arrancado de